

Recordar, compartir, aprender

## Cáceres

Ana Martín Sanguino

M<sup>a</sup> Elena González Domínguez, 31 años

### CUANDO TE ENCONTRÉ

*Corría una agradable brisa en el parque próximo a la casa. El sol mostraba todo su esplendor haciendo parecer esa tarde de primavera gallarda, una tarde estival. Ana apareció a lo lejos, con una sonrisa generosa y tierna que hace que uno se sienta como en casa desde el primer momento.*

En su casa, un sinfín de retales de su vida: fotografías de familia, recuerdos de acontecimientos importantes... y reproducciones en miniatura de carros de labranza y chozas, que su marido Cándido creaba con afición. También, en el sofá, otras dos obras de arte a medio hacer, un entramado de hilos blancos que ya dibujaban la bella figura en la que se convertirían, y es que con la madurez, el activo espíritu de Ana le había llevado a aprender encaje de bolillos, destreza en la que había llegado a ser una verdadera artista. “No puedo estarme quieta”, decía mientras sonreía y buscaba sus últimas creaciones con los palillos y los hilos. Pero su gesto cambiaba cuando hablaba de ella y de lo que había sido su vida; entonces, se tornaba melancólica recordando tiempos pasados y episodios, que aun hoy, no alcanzaba a comprender.

Creció muy feliz con su padre y sus tías en el pequeño pueblo cacereño de Torrequemada; infancia y juventud plenas en las que sólo sintió la ausencia de su madre, que falleció cuando tenía cinco años. Llevaba una vida tranquila, pero es curioso como a veces, la verdad que crees más absoluta, cambia por completo ante tus ojos presentando una realidad que nunca hubieras imaginado. Ella lo supo un día, el día en que descubrió realmente quien era....

Tenía 20 años cuando su padre decide realizar los trámites oportunos para que Ana no tuviera problemas el día de mañana, con la herencia; y le confiesa, sin que ella hubiera imaginado nunca nada, que era adoptada. La noticia la llenó de sorpresa e incertidumbre, pero no era todo, su padre, al ir a por los certificados al hospital donde la recogieron, es informado de que tiene una hermana natural, y que se van a poner en contacto con ella para que se conozcan.

“Nunca olvidaré aquel día -cuenta con la mirada perdida- parece que vuelvo a verla otra vez, llegando a mi casa, montada en el burro junto a su madre”.

Su hermana, dos años menor que ella, también era adoptada y se quedó sin padre a la edad de 13 años. Vivía con su madre adoptiva en un pueblo cercano, tal y como entendemos las distancias hoy en día, pero para aquellos años 50 de caminos de tierra y lentos animales, los viajes eran largos y arduos y las visitas eran algo planeado con mucha antelación y cuidado. Pasaron juntas unos días, y comenzaron una relación postal que se mantuvo hasta el año siguiente en que Ana le devolvió la visita. Pero ese año todo cambió: su padre sufrió una enfermedad que le causó una parálisis, y es ingresado en el hospital de las Hermanitas de los pobres en Cáceres donde pasó el resto de sus días. Ese hombre bondadoso que la había criado no podía cuidar más de ella. La situación económica la empujó, sin remedio a trabajar de sirvienta en varias casas y así estuvo hasta que a los 27 años se casó.

Su vida era feliz, cuidaba de su marido y de sus dos hijas, y estaba cerca de su padre, pero siempre le quedaba el sinsabor de no saber nada de su hermana; por terceros se enteró que se había casado y que tenía hijos, pero nada más. “Tenía que haber vuelto, o haberme escrito o llamarme o... no sé, yo lo intenté, pero tenía que haber sido ella”. Sus palabras tenían un tono entre enfadado y reproche, “creo que su madre no quería que estuviéramos juntas. ¿Qué culpa teníamos nosotras de que nos dejaran y nos separaran?”, y los ojos se le



llenen de lágrimas: “no sé cómo explicar lo que siento, la pena, y sobre todo la impotencia”.

Pero pasaron los años, y el azar, que a veces juega bazas magistrales, reunió en una excursión a los grupos de amas de casa de sus respectivos lugares. A Ana, ya con 65 años, el corazón le dio un vuelco, y armándose de valor, preguntó por ella, sin desvelar que eran hermanas; y ella estaba allí. Se acercó, la saludó y preguntó si sabía quién era. Contestó que sí, ¿cómo no iba a saberlo?, y hablaron unos minutos.

Tras aquel encuentro casual, se han visto alguna vez más y se han telefonado, pero la relación es fría y distante; su hermana le confesó que nadie sabe que les une ese parentesco y además le dijo una frase que a Ana se le ha clavado en el alma: “mi vida es una mentira y tengo que seguir mintiendo”. Estas palabras se la retuercen y le hacen preguntarse una y otra vez el porqué no se enfrenta a esa realidad después de tantos años.

Nunca supo nada de sus padres naturales, ni se pregunta por qué no creció con ellos, la vida tenía esas cosas en aquella época, supongo; pero se siente tremendamente agradecida por la familia que tiene: su marido y sus dos hijas. También por la que le dieron sus padres y quienes la criaron y llenaron de amor, sus tías, primos, y las nuevas generaciones que llegan, “tengo mucha suerte y mucho cariño y una familia en la que estamos muy unidos, y ya ves, no compartimos ni una gota de sangre y sin embargo encontré una hermana y...”

Ana se emociona con las películas de tramas familiares, y piensa en la suya, ciertamente la realidad supera a la ficción, pero sigue con la ilusión, la esperanza y el anhelo de que un día se estrechen los lazos, de tener de verdad a su hermana y de volver a juntar los caminos que se separaron al principio de sus vidas.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

¡Tantas cosas! Hay que hacer todo el bien que se pueda, sin buscar que te lo agradezcan ni que te devuelvan el favor, porque es la forma en la que uno es realmente feliz. Además, si quieres que te den, tienes que tener tú la olla destapada primero. Y es que al final lo que nos llevaremos será todo el bien que hagamos. También hay que ser muy positivos; a lo largo de la vida hay muchas alegrías y sin sabores, pero hay que afrontar lo que venga con la mejor actitud posible, porque siempre habrá momentos malos, pero en lo adverso hay que pensar que llegarán tiempos mejores, y siempre llegan.

Por otro lado, la vida también me ha dado una gran lección sobre el amor y los lazos familiares. ¿De verdad une la sangre? No conocí a mis padres naturales, aunque tuve la ocasión de conocer a una hermana de mi madre natural y a sus hijos; pero mi verdadera familia es la que conocí desde mi niñez, esa que te da todo el amor y que se desvela cuando tienes un problema, ya ves, crecí como hija única y cuando encontré una hermana.... realmente no sé si la tengo. En realidad creo que el amor y lo que une a las personas es algo más profundo e importante, tal vez por eso sea un misterio.